1
233438

47/1504281 150

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de julio de 1924 Núm. 8.

# LA COMEDIA DE LA HONORABILIDAD

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
Ilustraciones de ANTONIO JUEZ

UNA PESETA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1924

*Noche, noche encantadora, ha habido novelistas que te han pretendido amiga de las rameras y de los buscones: de los soñadores y de los poetas. Otros te han llamado la gran encubridora celinda de hampones y meretrices. Pero lo que soñadores y poetas vistieron con sus galas, no es verdad, más que, como la luna, un esquife de plata que boga por el lago azul del cielo. No, en tu luz, una misteriosa luz que no conocemos porque no es la luz de nuestras Vidas, hay otro vivir intenso y doloroso, el vivir que no atrevemos a exhibir a la luz del sol y, sin embargo, que al desenvolverse en las tinieblas sea tal vez nuestro verdadero vivir.*



R. 322186 6

K. 3221866



# PRIMERA PARTE

## A plena luz de... las «candilejas».

### I

CEREMONIOSAMENTE

—Pero criatura... ¡Ja! ¡Ja! ¡Pues no eres tú nadie puesto a exigir!...

—...

—¡Menos mal! La presencia de Nina Alvarez de las Castillas, que honró ya la Lemuria en compañía del Plesiosauro y el oso de las cavernas, ofrece alguna garantía; pero así y todo...

Tornó a reír, sacudiendo la cabecita para echar hacia atrás los bucles traviesos que se empeñaban en poner un cendal de oro sobre los almendrados zafiros de sus ojos. Recomenzó:

—Pues verás... Ya que te empeñas...

De improviso callóse, y luego, cambiando de tono, como quien se entregase a un frívolo bromear, advirtió:

—¡Cuidado!... Ya sabes que en la vida real hay espectros.

Debía haber decidido envolver su conversar en un velo que por lo tupido e impenetrable dejaría tamañito al de Isis, por cuanto ya no soltó prenda, sino que limitando la conversación a unos cuantos *sí* y otros cuantos *no*, colgó el auricular al teléfono.

El espectro, femenino en realidad, avanzó hacia ella con pasos lentos, elásticos y silenciosos y actitud respetuosa, no meramente animal o mecánica, sino plena y absolutamente consciente.

Era la sombra, que tras fundirse y plasmarse sobre el vacío de la puerta, encuadrada por cortinas de damasco azul *Regencia,* se iba destacando, avanzando sobre el florido parterre del tapiz d'Aubusson (falso, claro es), entre los muebles de una banalidad elegante,





de santuario galante, con puntas y ribetes de camarín de mitológica deidad, *muy siglo XVIII,* una mujer bella aún, pero envejecida, ajada por la lucha con la vida; sin embargo, un no sé qué de resuelto, audaz y acometedor de Walkiria, pero una Walkiria que, perdido el Wahallalla, yaciese cautiva vencida por la humillación, pero no a merced de ella, fuerte en la clara noción de sí misma.

Alta, delgada, pero maciza y de curvas armoniosas, un poco anguloso el rostro de piel finísima tan leve y transparente que sentíase circular bajo ella la sangre; la boca, de trazo fino y nervioso, de labios delgados y muy rojos, fulguraban las cabalísticas esmeraldas de sus ojos triangulares bajo los pesados bandós de oro pálido. El atavío, sencillísimo, de una sobriedad pobre y digna, realzaba aquella belleza inquietadora que se agazapaba tras el velo de humildad.

Con voz musical, que se adivinaba contenida por una voluntad de modestia, habló, encarándose con Lilí:

—La señora marquesa madre está ya en el salón. La señora marquesa y el señor dicen que van ahora mismo; que se dé prisa la señorita, que los convidados están para llegar. Son ya las ocho y media.

Lilí había alzado los ojos hacia ella y le había clavado una mirada hostil, puerilmente hostil.

Acurrucada en una postura que con harta vulgaridad podría decirse felina, sobre los almohadones del diván, diríasela en acecho. El traje, de crespón de China jade, moldeaba a maravilla el cuerpo joven, casi niño, pero espeso y carnoso. La túnica, cerrada por los camafeos orlados de brillantes, abríase en un escote cándido y audaz, mostrando el nacimiento de las redondas pomas, sobre las que resbalaba un hilo de perlas, no muy gruesas, pero redondas e iguales. El cuello erguíase sosteniendo, echada hacia atrás en un gesto petulante, altivo y desdeñoso, la cabecita, aureolada de áureos bucles caprichosos y juguetones.







—Voy—dijo con voz vagamente timbrada de impaciencia.

Luego esperó, sin moverse, a que la intrusa se fuese. Pero ella, con la respetuosa, pero invencible, inercia de quien cumple un deber, sabe que lo cumple y está resuelto a cumplirlo hasta el fin, ni se movió ni aun pestañeó siquiera. Lilí repitió con un vago gesto de impaciencia:

—Voy.

Igual. La alemana ni pestañeó. Limitóse, con voz incolora, impersonal, a insistir:

—Me ha dicho el señor marqués que no vuelva sin los señoritos.

En los ojos de la nena bonita hubo un destello de impaciente sublevación. Sus veintidós años parecieron trepidar, próximos por un momento a estallar. Al fin, dominóse, resignándose:

—Vamos.

Con pasos elásticos, lentos y flexibles, caminó hacia la puerta. *Fraulein* Radegunda la siguió silenciosamente, sin abandonar su ac-





titud humilde, decidida, respetuosa y recatada.

De improviso, Lilí inició un gesto de alto:

—¿Y Querubín, mi dichoso hermanito?

—Ha ido Dámaso a llamarle—aseguró la alemana; y añadió servicial:—Pero al pasar por el cuarto del señorito se lo recordaremos.

Llegaban a un recodo en que la majestuosa galería del palacio de los Guzmán de Emplazamiento se buciferaba en dos. El ala izquierda bordeando, flanqueada de varias puertas, la calle; la derecha, de numerosas puertas que daban a los salones, delineando el inmenso jardín de bojes y arrayanes, habitado por marmóreo Olimpo de dioses y diosas y fuentes cantarinas, donde en verano se miraban las rosas. El decorado de la galería, en lo que a los cuartos familiares se refería, era sobrio y bien entonado; en la parte de los salones, noble, grave y pomposo. Tapices de cartón mitológico cubrían los muros; muebles de talla, enriquecidos de incrustaciones de hierro, bronce y marfil, destacábanse al-

ternando con grupos escultóricos y soberbias armaduras de acero adamasquinado de oro y plata y ennoblecidas por la sangre de los combates de Flandes, México y el Perú. Rico tapiz cubría el suelo, y soberbias arañas o lámparas de cristal y bronce, de conventual o feudal origen, pendían de las pequeñas bóvedas que rasgaban la techumbre.

Lilí, seguida del aya, metióse por el pasillo de las habitaciones particulares y detúvose ante una de ellas. Llamó a la puerta:

—¡Querubín!

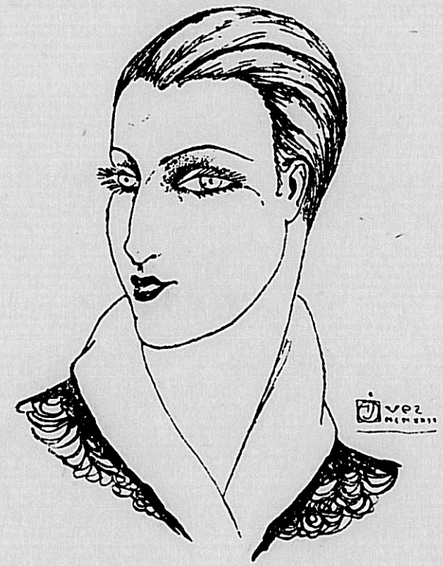
La puerta abrióse de par en par, y la atmósfera densa de santuario oriental o de fumería de opio, atmósfera densada aún por el humo de los cigarrillos egipcios, por el aroma de sándalo, de ámbar y de rosas, les envolvió. En el ambiente, densado de perfumes, las luces, veladas por pantallas rosas y azules, ponían irisaciones de topacio y de zafiro, y los rojos leños que ardían en la chimenea manchaban la albura de las pieles de oso polar tiradas en el suelo sobre las alfombras persas,





tejidas con sedas de tonos cálidos y apasionados.

Y sobre aquella escenografía, casi irreal, vivía la figura de una nobleza indefinible, una nobleza enfermiza, feble y afectada; nobleza de fin de raza, de Querubín. ¿Un Van Dyck?



No; tal vez mejor un Reinolds o un Lawrence. Pero, a ser exactos, tampoco. Perfil de medalla, quizás de camafeo; muy rígido, pero... femenino. Faltábale la resolución, la serenidad viril, y sobrábale cierta carnosidad fofa y amable en el mentón. La frente sí era

alta y plena de nobleza, frente de pensador; los labios, carnosos, de una rosada sinuosidad florentina; los ojos, dorados, muy grandes, acariciadores y profundos; las manos, largas, finas, transparentes, marfileñas, manchadas por los reflejos de extraordinarias gemmas; la figura, elegante y alargada. Pero había en todo él algo de fofo, de blando, de desarticulado, un impulso mimoso y acariciador. Uno de aquellos poetas que le rodeaban, indudablemente para halagarle, habíale comparado a los Césares de la Decadencia, a Nerón y Heliogábalo, a Calígula y Tiberio... Pero no y no. Faltábale un no sé qué de maligno, de perverso, de avieso; los tan traídos y llevados Césares no son una afeminación; son más bien (y en esto acompáñanles las Basilisas y las Emperatrices) como encarnaciones, depuraciones o plasmados del vicio. Pero tienen algo de *malo,* de avieso, de brutal. Querubín no era ni brutal ni adamado; era una contrahecha flor de decadencia, y llegaba a dar la





sensación con su tez de camelia y sus labios de rosa marchita. Descartando, pues, el plebeyo adamamiento y la maldad cruel y lasciva cesariana, tenía un algo de enfermizo que estilizaba aún más su figura. El peinado británico, el *smoking* negro, la albura impecable de la pechera, cerrada por gruesa perla gris, daban empaque de señor a la persona de gestos ayunos de resolución, blandos y melosos.

Junto a él destacábase un tipo innoble y repulsivo; un tipo alto, flaco, con barba de tres días, ojos pitañosos, labios gruesos y húmedos, que, rasgados en una sonrisa, mostraban la dentadura caballuna, acanallada por innoble mella; pelo largo y adornado de caspa; raída y puerca indumenta y ademán untuoso y grasiento.

Al verlo, Lilí hizo un gesto de repulsión que casi degeneró en retroceso. *Fraulein,* perdida en la sombra, tendió el labio con mueca desdeñosa, que se apresuró a dominar; pero ninguno de los dos ademanes, que no escaparon ni a la inquieta atención de







Querubín ni a la maligna suspicacia del otro, determinaron nada.

El vástago de los Guzmán de Emplazamiento, apoyado con afectación en el hombro de su amigo, inició las presentaciones:

—Juan de las Cimas, el gran poeta, el autor de "El sueño de los venenos y las voluptuosidades"... Mi hermana Lilí... *Fraulein* Radegunda...

El escritor se inclinó servilmente. Lilí no pareció reparar en él; la alemana inclinóse en reverencia impersonal, *como correspondía* a la mercenaria a quien toda voluntad le está prohibida.

Querubín insistió:

—Es un maravilloso poeta. En el reflejo esmeralda, topacio u ópalo de los frascos de los venenos sabios ha sabido hallar el veneno misterioso que destilan nuestras almas y...

Lilí le interrumpió:

—Ya sabes que papá ha hecho un culto de la puntualidad.

La alemana por su parte machacó:

—No olvide el señor vizconde que son las ocho y media, y la señora marquesa madre espera en el salón.

—Vamos—propuso el muchacho, resignado. Luego, volviéndose al otro, habló:



—Bueno; a las doce estaré en el estudio de Estepona... ¡Que no falten!

Con su sonrisa de untuosidad aviesa aseguró el otro:

—Puedes estar tranquilo.

Hizo una reverencia ante las damas y echó a andar hacia las galerías centrales. Querubín le atrapó por un brazo.





—¡Justo! ¡Para toparte con papá! ¡No! ¡No! Por aquí, por la puerta de escape.

Un fulgor *malo* refulgió en las pupilas sucias y borrosas del parásito. Luego hubo como un imperceptible encogimiento de hombros y, tornado con un adivinado esfuerzo a su humilde impersonalidad, fué hacia la escalera de la servidumbre mientras el cortejo se ponía en marcha; ahora, la *Fraulein* francamente detrás.

Como si de improviso la escena pasase rápidamente de entre bastidores a plena luz de las baterías, todo cambió como por arte de ensalmo. Quedaron atrás los corredores familiares, las estancias de los muchachos en que cada cual imprimiera su característico sello personal, más o menos afectado y presuntuoso, las escaleras de escape, los cuartos con honores de lo que vulgarmente se llama *leoneras* y, en una palabra, cuanto de *familiar* tenía aspecto. En cambio, abrióse ante ellos la perspectiva de las galerías enormes donde, sobre los pétreos fondos y encua-

drados por el rojo damasco de los cortinajes, veíanse cuadros que, interpretados por los maestros del Arte, evocaban los fastos gloriosos de la Casa de Emplazamiento, retratos familiares—damas con rígidos guardainfantes de Pantoja de la Cruz o Sánchez Coello, abadesas de Carreño, elegantes de ahuecadas tontillas o pomposos *paniers,* inmortalizadas por Mengs, o frívolos miriñaques que revistiera Winterhalter de no sé qué definitiva elegancia, en el falso Versalles de La Granja, en una trivial imitación de las Tullerías—. O bien navales batallas o sitiadas ciudades en que el nombre glorioso del linaje pasara a las páginas de la Historia, junto con desmedidas hazañas y desaforados hechos. Estatuas, bustos familiares y raros incunables encerrados en vitrinas, alternaban con adamasquinadas armaduras ricamente incrustadas de oro que fueron de reyes y magnates que las pasearon por los campos de Italia y Flandes, y en gloriosos hechos de armas salvaron a sus dueños de una muerte cierta.





Tras las galerías abríase la interminable fila de salones en que lucían las colecciones de Goyas, los tapices de Gobelinos donados por el *Rey-Sol,* Luis XIV, a un Emplazamiento que tan activa parte tomara en el testamento de Carlos II; la biblioteca fabulosa en que yacía una Biblia del siglo v, y, en una vitrina, las armas del antipapa Luna, cuando se hiciera fuerte en Peniscala y provocara el famoso cisma.

Según aproximábanse a la parte llamada *de recibo,* los salones, sumidos en discreta semipenumbra, se iluminaban, y con su atmósfera cálida y densada de perfumes daban misteriosa impresión de cosa vivida. De vez en cuando, criados atléticos que ostentaban la librea azul y roja de la casa alineábanse a un lado y se inclinaban en reverencia respetuosa. Al pasar por el recibimiento o antesala, las filas de servidores pomposamente ataviados con el calzón de terciopelo rojo y la casaca azul y empolvado cabello se densaron en dos y, poniéndose en pie, dobláron-

se con una reverencia casi cortesana, desde luego *muy gran Casa a la antigua* española.

El cortejo, formado en primer término por Lilí y Querubín, seguidos a cierta distancia por la *Fraulein,* avanzaba ruidoso y locuaz por los últimos salones ahora que le separaba del gran salón Luis XIV, donde reuníanse los invitados.

Lilí reía ruidosa y turbulenta mientras avanzaba con su paso elástico y ondulante, que moldeaba más aún bajo el leve cendal de crespón jade sus formas carnosas y apetitosas. Querubín, ambiguo y leve, caminaba a su lado sin romper su empaque grave y altivo sino con algún gesto cruel y desdeñoso. En fin, la alemana, hermética e impenetrable, cautiva y sometida, pero no humillada, seguíales en silencio, una mueca indefinible vagando en los labios pálidos y delgados. De vez en cuando una palabra más cruda o una expresión más audaz le hacía fruncir la frente, fulgurar un instante los ojos acerados, presto ocultos tras el velo de los párpados,





o asomar a sus labios una mueca de asco y desprecio infinitos que, acto seguido, dejaba caer para sustituirla por impersonal sonrisa de pleitesía.

Lilí, la más locuaz y ocurrente, prodigábase sin cesar:

—Pintoresco, chico, pintoresco. ¿A que no caes a quién me brindaban la loca de China Roldán y Pepe Chamizo como garantía de respetabilidad para ir luego? ¡Pues nada menos que a Nina Alvarez! ¡Nina Alvarez, respetable!... ¡Como no sea por lo vieja!... Hijo, ¡para eso prefiero cargar con el bargueño del salón azul!

Debió él advertirle algo en voz imperceptible, pues se encogió de hombros desdeñosamente, pero cambió de conversación:

—¿Y dices que la fiera esa que me has presentado tiene mucho talento? Lo tendrá, pero es indudable que lo que es en la ciencia de la higiene no se especializa. En mi vida vi un tipo más guarro.

.....

—¿Un alma bravía?—profirió contestando a algo que en voz casi imperceptible formulaba él—. Sí, sí; no lo dudo, pero en sus montañas natales no debía bañarse más que cuando llovía, y se sintió de pronto urbano, se vino aquí, y como en Madrid llueve poco y siempre le coge a uno bajo techado... ¡Pues *velay!*

Querubín tuvo un gesto de indiferencia, y casi entre dientes murmuró:

—Es un alma de aquelarre, un alma de réprobo atormentado por los siete pecados. Algunas veces, como un asceta medioeval, desgarra sus carnes con las disciplinas mientras, genuflexo, invoca a Nuestra Señora de las Siete Lujurias.

Cínica objetó Lilí:

—Prefiero invocar entre rosas y nubes de ámbar al ángel bueno de las siete voluptuosidades.

Llegaban. Dos servidores empolvados y uniformados como los otros abrieron rápidamente la puerta de par en par y se inclinaron profundamente.





La estancia era inmensa, alta de techo y de graves y majestuosas proporciones. Los muros, revestidos de damasco púrpura, ostentaban admirables cuadros de la escuela veneciana, presididos por el retrato ecuestre de un marqués de Emplazamiento, ataviados caballero y corcel a la moda de Francia. Cómodas de *Boule* sostenían ricas porcelanas de Sajonia, de Sèvres y de Capo di Monti, mármoles ricamente tallados y admirables relojes de bronce. Tapices d'Aubusson tapizaban la sillería de barroca talla, y en macetones chinos lucían las palmeras de hojas de abanico.

En la gran chimenea de mármol ardían enormes leños, y sentada junto a ella, frente a la butaca que ocupaba un prelado, las talares vestiduras violeta, enriquecidas por las preseas litúrgicas, rodeada del resto de invitados—seis u ocho—, una dama anciana, vestida de negro terciopelo adornado de azabaches, los blancos cabellos adornados por leve cofia de encajes de *Chantilly* negros y

las manos agobiadas por soberbios anillos, jugaba con un hilo de gruesas perlas que pendía de su cuello.

Era la dama Doña Berenguela Guzmán de Emplazamiento y Alvarez de las Galicias. Ultimo vástago de un linaje ilustre, poseedora, por extinción de la línea masculina, de los títulos y preeminencias de la Casa; unida, por obedecer a esa regla harto generalizada y no pocas veces errónea, consistente en un seudodeber de dorar los blasones heredados con las onzas o dineros adquiridos, por lo menos, suciamente, con Jerónimo Chaparrete, hijo del famoso Chaparrete que supo hacer rica una comarca miserable, enriqueciéndose de paso él mismo; era harto chapada a la antigua, meticulosa, severa, etiquetera. Tal vez un oscuro remordimiento de haber vendido sus blasones historiados con sangre y exaltados con el heroísmo de muchas, muchas generaciones, el mismo remordimiento que llevó a Judas a ahorcarse en posesión de los treinta dineros, llevóle a ella







a una concentrada exasperación del deber. Pero fué sin magnificencia y sin grandeza. Su noción del deber hízose áspera y meticulosa; su fe nimia, monjil o infantil; su orgullo, quisquilloso y frágil; su rudeza, violenta y despótica. Vivía en líneas generales las leyes de un destino egregio, pero en la vida representaba, finchada y presopopéyica, una farsa bufa en que no consiguiera que los demás la secundasen.

Al entrar en el cuarto los nuevos personajes, alzó la cabeza hacia ellos. Lilí, con una reverencia solemne, casi cortesana, cogióle la mano y se la besó respetuosamente. La anciana detúvola, trazóle la señal de la cruz sobre la frente y, subiendo los bordes del escote, murmuró:

—Anda. Ve a besar la mano a Su Ilustrísima.

Tocóle el turno a Querubín, menos febril y afectado que su hermana, pero teatral y pomposo, que a su vez besó el morado anillo mientras la dama daba al prelado una reseña del *dasière* de sus nietos:





—Lilí, un ángel: ¡tan inocente la pobre!... El, un artista, un gran artista cristiano: ¡un Fra Angélico!

*Fraulein* permanecía en pie a la entrada, inmóvil, después de esquivar una profunda reverencia.



Tras el besamanos comenzaron los saludos; pero no pudieron ni aun terminarse porque, abriéndose de par en par la puerta, el criado anunció en voz alta:

—¡La señora marquesa!

Envuelta en una elegancia suntuosa, un poco con exceso deslumbradora tal vez, la

marquesa del Emplazamiento conservaba las ruinas de una belleza famosa gracias a mil afeites, recursos de alquimia y de mecánica. Rosario Alvar Fáñez de Miranda era una de esas mujeres guapas, atrozmente guapas; pero como bella es una estatua o un cuadro, que no saben vivir sino de su belleza y para su belleza, y cuando, con los años, la belleza comienza a traicionarles, lo sustituyen con esa cosa informe e indefinible que se llama la elegancia. Vivía, pues, de la elegancia y para la elegancia, ahora, como antaño viviera de la belleza y para la belleza. Fría, incapaz de pensar sino en el lujo y en la posición, preocupada todo el día de su casa, de sus trenes, de sus joyas y de sus galas, todo, todo sacrificábalo a ello, hasta sus hijos. Sensible y vana, pronta a ser mártir de esa nueva esfinge que en la vida actual se llama la elegancia, estaba pronta a inmolarlo todo en su altar. ¿Todo? Todo, repito: amor filial, maternal, amistad... A sacrificarlo todo. ¿Virtud? No sé; por vicio, nunca; por vani-





dad, tal vez; pero por una vanidad extraña, que era como un sacrificio a aquello que tanto amaba y que en ella era casi un pecado de espíritu.

La puerta tornó a abrirse casi inmediatamente, y el criado anunció:

—El señor marqués.

Guzmán del Emplazamiento era bajo, gordo, rechoncho. El labio, húmedo y sensual, colgaba bajo el bigote cortado en cepillo, que casi ocultaba el superior; los ojos, malignos y fruncidos, relucían en un lúbrico mirar libidinoso que casi desnudaba a las gentes. Ventrudo y calvo, con pretensiones de juventud, había heredado todo lo ignoble de su padre y nada de la cansada nobleza de fin de raza de su madre. Tenía algo en que la antipatía llegaba casi hasta la repulsión, algo de torpemente sensual, una lujuria fea y plebeya.

Fué inclinándose ceremoniosamente ante unos y otros; besó la mano a su madre, hizo ademán de posar los labios sobre el episco-







pal anillo, sin que Su Ilustrísima se lo permitiese, acarició la frente de su hija y luego engrosó el grupo, sin que, al parecer, reparase en la alemana, como no hubiese reparado en un gato o gozquecillo familiar.

Los ojos de la mercenaria relampaguearon un momento. Luego, al sentir la mirada de Rosario, fija en ella con misterioso escrutamiento, tornó a bajar las pupilas al suelo y permaneció inmóvil, ausente al parecer.

Las puertas que daban al comedor se abrieron, y el *maître d'hôtel,* correctamente vestido con frac azul y botón dorado, avanzó hasta el centro de la estancia. Allí anunció con énfasis:

—¡La señora está servida!

La dama anciana alzóse de su asiento, y contraviniendo, en obsequio a su edad, los protocolos, apoyóse en el brazo episcopal, rompiendo la marcha. Tras ella desfilaron todos por parejas. Sola la última, la alemana, las manos cruzadas y los ojos bajos, les seguía.

## II

### EN QUE COMIENZAN A APAGARSE LAS CANDILEJAS

La anciana dama, por encima de la mesa donde, sobre el mantel de encajes cubierto de camelias blancas y violetas de Parma, galopaban los jabalíes de Sèvres, perseguidos por los galgos del maravillosa grupo que perteneció a un príncipe de Rohan, hizo una señal casi imperceptible a su nuera, y a la muda aprobación de ésta púsose en pie. Respetuosamente, el criado apartó la silla, y los demás apresuráronse a imitar el ejemplo de la dama, no sin esa pequeña confusión que caracteriza el final de los banquetes, en que se recogen los guantes o la bolsa de oro olvidados sobre la mesa, se bebe un último bu-

che de agua o se dobla arbitrariamente la servilleta. Por último, reorganizóse el cortejo como a la venida, y, grave y ceremoniosamente, encamináronse todos al salón para tomar el café, servido ya por los criados en grandes bandejas de plata que sostenían las tazas de China, blasonadas con los escudos de la familia, tazas que pertenecieron a la abuela Amalia, de origen portugués.

Apenas saboreado el rico *moka,* abuela Berenguela fuése despidiendo. Ella tenía sus costumbres. Justamente al día siguiente, Su Ilustrísima les honraría diciéndoles la misa de nueve, en que, como miércoles, les impondría la simbólica ceniza, y no podía, ¡qué había de poder!, faltar... Besó la mano del prelado con una reverencia, tendió la suya para el besamanos a su hijo y a su nuera, estrechó la de las damas, diósela a besar a los caballeros y, contestando con leve y rígida inclinación de cabeza a la reverencia profunda del aya, acercóse a sus nietos. Mientras con sus manos de jaspe, ful-





guradas de esmeraldas, acariciaba la guedeja casi bayroniana de Querubín, murmuró:

—Acuéstate pronto. A ver si me complaces y vienes a misa mañana. Créete que un caballero y un cristiano nada tiene que ganar por ahí. Todavía en mis tiempos, después de casa de Rivas, los hombres se iban al *Veloz*. Allí, a lo menos, no había más que caballeros. Toda era gente conocida; mientras que ahora, en esos horribles *danzings*...

Luego encaróse con Lilí, y haciéndole primero la señal de la cruz, la besó en la frente:

—Mira, que te acuestes pronto, y ¡a dormir! No me andes leyendo novelones, que nada bueno se saca de ellos. En mis tiempos, una señorita bien educada leía el *Año Cristiano* o el *Kempis,* y nada más. ¡Bastante mejor iban las cosas! Se dormía como una santa.

En voz casi imperceptible musitó Lilí:

—Era un remedio como otro cualquiera contra el insomnio.

Salió, lenta y ceremoniosa, con una reve-

rencia que cualquier dama del siglo XVII le envidiaría, y el prelado, tras algunas banales amabilidades, siguió el ejemplo. *Franlein*, despedida con un helado movimiento de cabeza por Eulalia, habíase esfumado también, y solos quedaron unos cuantos comensales.

Pero, por un extraño fenómeno, de súbito la atmósfera pareció cámbiar. No hubo transformación visible, pero hubo un no sé qué misterioso e inexplicable. Mientras la marquesa de Fuentesaúco empeñábase en dar un curso de lactancia de recién nacidos abandonados a la vizcondesa de Pasadell y a la señora viuda de Santos Machacón, presidenta de la Sociedad para redención de cocineras extraviadas, y, al mismo tiempo, a dos finchados caballeros, el duque viudo de Torre Heroica y don Zenón Cacharro, presidente de una Sociedad para preserva de horteras descarriados, el marqués, insensiblemente, había ido arrastrando a María Victoria Torbellino, dama que disfrutaba de una bien ganada fama de ligereza, hasta un sofá, y allí,





el labio más pendiente y tembloroso que nunca, y los ojillos chisporreantes, empeñábase en demostrarle lo grata que sería una conferencia financiera a solas de la que la señora sacaría tal vez, entre otras cosas no tan apetitosas, el arreglo de sus desarregladas finanzas. Lilí, acodada a una consola junto a su hermano Querubín, le hablaba *muy en camarada:*

—¡Qué peste de tertulia! Te juro que algunas veces envidio a las tías de la calle.

Querubín, con una sonrisa ambigua, indescifrable, aseguró:

—Yo, también.

Le miró curiosa un momento. Después protestó:

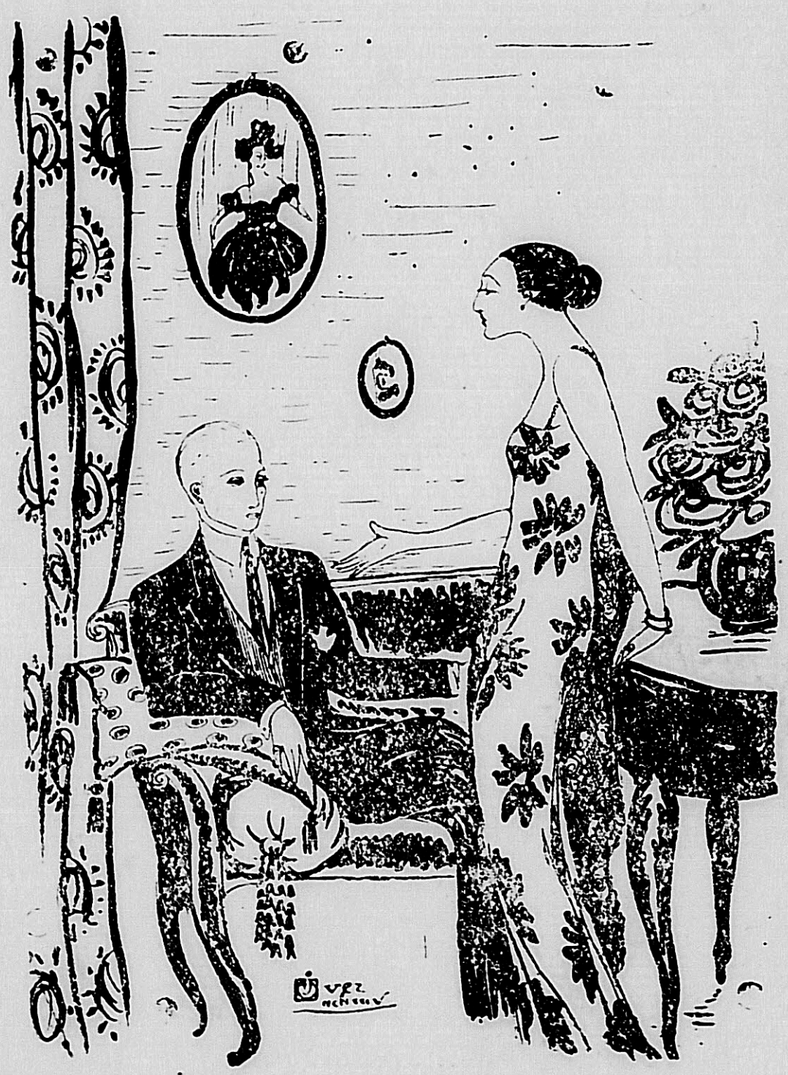
—*Boutades* no, por Dios... En serio. Esto es aburridísimo.

Querubín no se desconcertó.

—Porque quieres. ¿No tienes tu llavín?

Pareció turbarse un momento.

—Sí... Pero ¿qué quieres?... Algunas veces... Y es—habló resolviéndose de impro-







viso—que la cuestión de amigos, aunque no lo creas, encierra otra dificultad. Porque ¿dónde vas con ellos que no sea muy comprometido? Unos por tontos, otros por audaces, otros por charlatanes...

Meditó él un momento:

—Hablas a un convencido. En este dichoso Madrid, la manía de charlarlo estropea todo. Por eso yo prefiero los genios desconocidos. Los virtuosos del violín, las danzarinas malditas, los poetas que escribieron un soneto a la reina de Saba y se fueron luego a rehacer el itinerario de la pobre señora para ver si encuentran un saco que se le perdió en el camino; los pintores que trazaron el banquete de Nabucodonosor y luego se ofendieron con el Sátrapa porque no les convidó a comer en el cuatro de la calle Echegaray.

Protestó Lilí:

—A tus amigos los detesto; son todos unos sinvergüenzas, gorrones, sablistas, vividores, trepadores. Verás el día que se te

acabe el dinero que robó abuelito. ¡Ríete tú de la patada de *Charlot!*

No defendió él a sus amigos, sino que habló cruel y enigmático:

—No, no es ellos. No valen nada. Pero como no presumen de honorables, se puede vivir, se puede descender a los paraísos artificiales. ¿Te acuerdas del *Mr. de Phocas* de Jean Lorraine? "*Salue avec moi, cher ami, le poison que sauve et que delivre.*" Opio, éter, morfina, *coco*. ¡He ahí la salvación verdad!

No aceptó la teoría:

—No, niño, no. Yo soy pero que muy golfa, ¿sabes? Pero que muy chulita, ¿estás tú? ¡A ver si va a poder ser! ¿O es que con tanta finolería ya no *chamullas lo que te naquelo?* ¡Amos!

Hablaba un caló un poco convencional, un poquito de novela, un argot bárbaro y absurdo que usaban los chulos y las hembras de trapío hace veinte años y que, inmortalizado por algunos novelistas en sus hueras narraciones, perdura como la historia asiria de





la Creación en los ladrillos cuneiformes de la biblioteca de Nínive. Pero eso, sí: lo hablaba con gracia y simpatía, poniendo una carita muy mona, abarquillando los ojos y frunciendo el hociquito.

Querubín rió y, por una vez, fué sincero:

—No sé cuál es peor de las dos cosas.

Convencida, afirmó Lilí:

—Las dos.

Mientras, insensiblemente, deslizándose discretísima, Rosario consiguió reclinarse en una consola de talla barroca, y, con pretexto de que ya que había partido la *señora,* fumar un cigarrillo, atrajo con un vago gesto a un caballero de mediana edad, alto y fornido, el pelo cano y la tez rubicunda, *muy a la inglesa,* tez de *sporstman,* de afectado empaque y elegancia exageradísima. Mientras le tendía la cerilla para encender el cigarrillo, murmuró apresuradamente en voz muy baja:

—Tengo precisión de hablar esta noche contigo. A las doce y media espera junto a

las tapias del jardín; abriré la puerta de la *serre*.

—¿Podrás?—interrogó él sin entusiasmo.

Una nube de tristeza pareció velar el rostro de la dama.

—Podré—dijo con firmeza. Y luego, melancólicamente:—¡Con qué poco entusiasmo acoges la idea! Antes ponías más calor.—Y como él callase tercamente, matizó la voz, insensiblemente habíase alzado, con desdeñosa glaciedad:—¡Descuida, que no voy a atentar a tu virtud!

Quiso él justificarse:

—¡Que vehemente y que injusta eres!... No entiendes lo que quiero decir. Es por ti, por tu paz, por tu tranquilidad. Pero bien sabes que te quiero, que te quiero con toda mi alma.

De improviso la dama le apretó el brazo violentamente.

—¡Calla!

Buscó en torno lo que motivaba la súbita





prudencia, y sus miradas tropezaron con los ojos fríos, duros, metálicos del aya, que, en humilde actitud, desde su rincón, les espiaba con el glacial acecho hipnótico de un reptil.

## III

### FUEGOS FATUOS EN LA NOCHE

Con un gesto quizás teatral, quizás un poquito mosquetero, aventurero, o *Don Juan,* envolvióse rápidamente en la capa de negro terciopelo forrada de armiños. Pero, pese a la petulancia del ademán, había en toda la figura, eso sí, airosísima aún, un no sé qué de cansado, de triste, de vencido. Indómita y audaz, pesaba, indudablemente, sobre ella el fardo de un dolor que habíase anticipado al fardo de los años.

En la semipenumbra de la estancia, donde no ardían sino dos lámparas, y ésas veladas por espesas pantallas color de rosa, veíase, sin embargo, reflejada en la triple luna del espejo. Ya dije antes que evocaba la armo-

nía exquisita de una estatua o una mitológica deidad fijada por un maestro de la pintura en el lienzo; pero, estatua o cuadro, envejecida al correr del tiempo en la glaciedad de las desiertas salas de un museo. Alta, esbelta, el rostro de jaspe manchado por los intensos zafiros de los ojos y el sangriento coral de los labios, coronada, y más aún aureoladas por el flamígero nimbo de la cabellera fulva, guardaba una arrogancia desdeñosa y altiva, que ahora, esculpida por el negro terciopelo de la capa, resaltaba más al retratarse en el triple espejo.

Contemplóse un instante, y al fin, con el gesto ya apuntado de resolución viril, encaminóse a la puerta. He dicho viril, y dije mal tal vez. Era una amazona, pero que trasplantada a otro ambiente languidecía en una atmósfera capitosa, densa y anuladora.

Cruzó, pues, los pequeños salones que tenía asignados para su uso en el palacio de los Emplazamiento, y sin tomar grandes precauciones, sin recatarse con exceso, descendió una





de aquellas cómodas escaleras de escape que caracterizaban el inmenso edificio concediendo a cada uno de sus habitantes excepcional independencia. Con una llavecilla inglesa franqueó la puertecita de hierro que daba sobre el jardín, y sin temor, con apenas un gesto friolento, avanzó por las calles que trazaban rutas blancas de luna, deslizándose entre los oscuros macizos del jardín.

Ante la puertecilla de escape que trazaba un alargado cuadrilátero de sombra sobre la blancura del muro detúvose un momento, echó una ojeada rápida, que más daba la impresión de rito mecánicamente desenvuelto que de meticulosa y sobresaltada precaución, y al fin, manipulando unos instantes en la cerradura, franqueó la entrada.

Nadie. Entonces, curándose en salud, como vulgarmente se dice, asomóse al callejón que por aquel lado limitaba el palacio, y sin recatarse ni apagar la voz todo lo que fuera menester, llamó:

—¡Pablo!







En el cuadro de luz que al final del pasadizo trazaba la gran avenida fué destacándose una figura viril, que avanzó hacia ella. Vestía un gabán con vueltas de seda, una chalina blanca enrollábase a su cuello y aparecía destocada la cabeza, de cabellos negros, rayados por alguna hebra de plata, pues llevaba el *clack* bajo el brazo.

Le tendió las manos, y casi en voz alta suspiró:

—¡Pablo!

Pero él no debía hallarse pronto a seguirla al través de los vericuetos sentimentales, por cuanto, probablemente temeroso de ser visto, llevóse la mano al rostro y posó un dedo sobre los labios con discreto ademán de silencio:

—¡Sch!... ¡Calla! Podrían oír...

Se encogió ella de hombros con un ademán de altivo desdén.

—¡Bah! Me es igual.

El, siempre en voz muy baja, rechazó:

—No, no puede ser. Tienes tu marido, tus hijos, tu nombre, tu posición.

Ella alzó los hombros otra vez, y con supremo desprecio afirmó:

—No me importa.

Pero él no debía de hallarse pronto a seguirle por aquel camino, pues le atajó:

—No, no.—Y sin dejarla exaltarse formuló una pregunta:—¿Vienes? Tengo ahí mi coche. ¿O prefieres que entre?

—Entra—fué la respuesta, perentoria y conminadora, mientras se apartaba a un lado para hacerle paso.

Obedicióle, al parecer no de muy buena gana, y emparejados comenzaron a caminar: ella, resuelta y desafiadora, erguida en un gesto de altivez desdeñosa; él, si no tímido, a lo menos cohibido, haciendo mucho para pasar inadvertido..., a lo menos contando con la buena voluntad de los demás. Como no debía de ser hombre de acción y sí más bien de banal frivolidad, no supo tener su





preocupación oculta mucho tiempo, y al fin murmuró:

—¡Lo único que nos faltaba es que nos viesen!

Otra vez esquivó un gesto de displicente repulsa, y continuó con su ademán laxo, indiferente y fatigado, seguida del galán, que tenía un aspecto, que si no fuese harto pedestre el término, calificaría de aburrido.

Ahora ascendían la pina escalerilla de caracol que conducía a las habitaciones de la dama. Alzado al fin por ella el tapiz que cubría la puertecilla de entrada a las galerías halláronse en ellas. En la semipenumbra de varias lámparas veladas por densas y espesas pantallas de oscuros tonos, adornadas con largos flecos metálicos, destacábase el dichoso corredor o galería, adornado con cuadros, lunas y tapices que le daban un aspecto teatralmente señorial. La atmósfera densada de perfumes que tenían de litúrgico y de excesivamente profano pareció ejercer muy diferente influencia sobre cada uno de los acto-

res del drama, pues mientras él empequeñecíase, hacíase casi insignificante, como si quisiese pasar inadvertido, ella tornábase aún más altiva y arrogante, más desafiadora, más segura de ir caminando con pasos firmes, fuertes, rudos, afirmación cada uno de ellos del pleno dominio de la propiedad indiscutible de sí misma.

Ya ante la puerta de su cuarto, abrió, y echándose a un lado, en voz alta, sin recatarse, ordenó:

—¡Entra!

De mala gana, aburrido de aquellas insólitas exhibiciones, como si presintiese un drama y el drama repugnase a su flema británica de *clubman* elegante, obedeció. Tras él penetró ella, cerrando la puerta con doble vuelta de llave.

El cuarto, el suyo propio, era como todos los del palacio de los Emplazamiento, grande, cuadrado, de alto techo, y con un fondo de decorado a la moda del XVIII francés. A la luz de las eléctricas bujías de la gran araña de cristal con rosadas pantallas, que pendía del techo, levemente abovedado, veíase sobre los muros, pintados de blanco con emblemas pastoriles en relieve, pasteles de La Tour, retratos de Boucher y Mengs y pastorelas de Watteau. Los muebles, de dorada talla Luis XVI, tapizados de brocado rosa, casi desaparecían agobiados por almohadones de peregrinas estofas y exóticas pieles. El aroma semilitúrgico en las galerías hacíase allí francamente galante.





Pablo, al parecer más resignado que entusiasta, parecía esperar los pasionales reflejos de aquel crepúsculo de púrpuras y oros, que más por vanidad elegante que por eso, que siempre cobardes y perseguidos de escrúpulos de delicado buen gusto, hemos dado en llamar amor.

Pero ella, Rosario, no parecía aquella vez pronta a lanzarse por las rutas pasionales, sino que diríase que una exasperación cansada, triste y desencantada parecía anonadarla. Al mismo tiempo, nerviosidad vibrante pare-

cía trepidar en ella, y mientras por sus ojos pasaban sombrías ráfagas tempestuosas, sus labios se crispaban en un rictus de dolor agudo.

Con un gesto amplio de nerviosidad enervada quitóse la capa que la envolvía y la arrojó sobre un sofá, apareciendo esbelta en el a modo de ropón de crespón cobre, agobiado de chinescos bordados y grandes borlones de oro. Un hilo de perlas enormes daban vuelta a su cuello y caíale hasta las rodillas. Sus dedos, largos y nerviosos, como patas de una araña de marfil, manchados por el glauco fulgor de las esmeraldas, jugaban con las puntas, que enroscaban y desenroscaban, y con pasos rápidos, firmes, iba y venía de un lado a otro, sin cuidarse del ruido que tales idas y venidas pudiesen producir.

Por último, paróse de improviso ante Pablo, con un gesto áspero, casi violento; echóse atrás los cabellos cobrizos, a medio destrenzar, deshecho el sabio artificio por sus violencias, y con voz estragada dejó caer:





—Pablo... Tengo que hablarte.

El, que había encendido un cigarrillo turco extraído de la petaca de oro con monograma de brillantes, tirólo, y resignándose a la presentida escena, trató de enlazarla, atrayéndola a sí, y musitó muy bajito:

—Lo que quieras, ¡mi vida!

Pero ella, bravía, rechazó la caricia, y rompiendo el abrazo, le miró frente a frente, hundiendo sus miradas en los ojos de él, que, cobardes, rehusaban el encuentro. Plantada frente a frente, habló con voz que temblaba de ira, de orgullo, de contenida rabia y exasperada desesperación:

—No te hagas pequeño, insignificante, tímido. Muévete; anda, habla alto...

Ella misma iba alzando la voz, que resonaba ahora en la estancia enorme como preludios de tormenta. Prosiguió:

—Habla alto, grita, di lo que quieras, pregónalo; chilla que me quieres, que te quiero yo, que eres mi amante. ¡Mi amante! Chíllalo a los cuatro vientos, que te oigan todos,

que lo sepan todos... ¡Mi amante! ¡¡Mi amante!!

Vivísima inquietud ensombreció el rostro, rubicundo por los *sports* y el aire libre, de él. Haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazón, intentó calmarla:

—Calla y no seas chiquilla. Ten calma, no alborotes, no escandalices, y con tranquilidad...

Interrumpió:

—¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! ¿Pero no ves que sólo decirlo es una monstruosidad, un sarcasmo?...

Había vuelto a alzar la voz, y ahora las lágrimas se agolpaban a sus ojos.

Intentó de nuevo calmarla, y quiso coger su mano; pero ella desasióse. Sin embargo, él consiguió hablar:

—Vamos, ten voluntad, y habla... Bien sabes que puedes decírmelo todo... ¿A quién mejor?... Sabes que te quiero como nadie te ha querido nunca, sabes que por ti estoy pronto...





Le interrumpió con risa sarcástica:

—¿Tú? ¿Tú?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Pero si tú no has querido a nadie, si tú quieres tus *autos,* tus caballos, tus perros, tus tapices de Goya y tus retratos de Van Dyck. Si tú no quieres más que tu *chic,* tu ropa, tus joyas... Consuelo, Eulalia, Trini, madame Rosseau, la Lola...

Volvió a hallarse en su terreno e intentó aprovechar la ocasión y cortar la discusión peligrosa. Casi bromeando rechazó:

—¡Celitos, no; por Dios!

Tornó a mirarle con una mirada quemante, con un a modo de resolución fría y cruel de llegar hasta el fondo de la caja de Pandora.

—No, bien sabes que no. ¿Celos? ¿Me crees capaz de tener celos? Eso ya sé que no. La Rosseau, Trini, la Lola... ¡Bah! Como tus caballos, como tus tapices, como tus perros. Lo mismo. Ni unos ni otros te importan, sentimentalmente hablando. Te importan porque son detalles necesarios a tu vida,

a tu elegancia, a tu *chic*. ¡Y el *chic* es lo único que te importa en el mundo! ¡Tu *chic!* ¡Bah! Yo soy también un detalle de tu *chic*. Nada de corazón y ni siquiera nada de deseo.

Trató de protestar él:

—¡Qué cosas tienes! Te quiero...

Estaba turbado, azorado, inquieto, del giro que tomaban las cosas.

En cambio, ella parecía resuelta, decidida. Cogióle de la mano, y llevándolo a un sofá, sentóse, y tirando de su brazo, obligóle a hacerlo a su lado.

Ya instalados, él, por momentos más azorado y desconcertado, intentó disimular de algún modo su turbación. Para ello sacó la petaca áurea, y de ella un pitillo, que poniéndolo entre sus labios, intentó encender.

De una manotada arrancólo ella de los labios del amado, y arrojando con otra al suelo la petaca, pisoteóla rabiosamente sin piedad. Luego, tornando a sentarse, jadeante, comunicó:

—Escucha.





Conformóse, al parecer.

—Tú dirás.

Entonces, con voz estragada, extraña, carcomida de rabia y rasgada de sollozos, explicó:

—Escucha. ¡No puedo más! No he nacido para vivir así. Mi juventud no ha sido juventud. Ha sido una lenta, absurda y vergonzosa lucha por conquistarlo todo, todo. Dinero, posición, nombre, elegancia, ¡todo!, ¡todo! Y cuando creí que llegaba, cuando los demás creyeron que llegaban... ¡Mentira! ¡Todo ha sido mentira!, una farsa mejor o peor urdida, una mixtificación con más aires de verosimilitud, pero mentira, todo mentira, una enorme, una monstruosa mentira. Todos son, todos sois, todos somos unos fantoches de madera y trapo, sin corazón, sin cerebro, sin medula.

Cubrióse el rostro con las manos y sollozó. Luego alzó el rostro bañado en llanto. Pero era un llanto que brotaba de los ojos seco y ardiente, como la lava de un volcán, un

llanto pronto a dejar surcos en la aridez desolada de las mejillas marchitas. Prosiguió:

—Los años de lo que pudiésemos llamar primavera de la vida pasaron en la necia lucha, y cuando en lo que soñé crepúsculo otoñal, tibio y dorado a ratos, me disponía a vivir, veo de improviso el cielo glauco tornarse en lívido, súrcanle, en vez de las rosadas nubecillas, nubarrones cobrizos preñados de amenazas, y surgir no sé qué alimaña sucia y hedionda. ¡Guzmán es un canalla!

A un gesto ambiguo, que igual podía significar sí o no o qué sé yo, de su amante, aclaró, ampliando sus conceptos:

—¡Guzmán es un canalla! ¡Tú no sabes, no puedes saber! Ha tenido queridas, líos, disgustos... No sabía, no quería yo saber. Y seguía, seguía. Algunas veces pensaba con miedo y temor, no sólo en mí, en mis hijos, en el futuro ambiguo, sombrío... Pero pensaba también en la brevedad atroz del tiempo y... Pero ahora...—hizo una breve pau-





sa—. Ahora es en casa, ¡en casa! Ahora es esa mujer, ¡es la alemana maldita ésa! ¡Junto a mis hijos! ¡Junto a *sus* hijos! Y lo enorme, lo atroz, lo inaudito es eso: esa mujerzuela, esa bribona, esa infame compartiendo mi techo, mi mesa, con sus hijos, que empiezan a vivir, con su madre que llama ya a las puertas de la muerte. Y no es eso todo, no es eso lo peor. Esa mujer, esa mujer de otra raza, de otro pueblo, esa mujer que parece haber concentrado en sí todos los odios desencadenados por la guerra, no los odios de la gente alta y noble que sufre y calla, no los del pueblo bueno, burgués y trabajador, sino los odios de la gentuza miserable y perversa, los odios de la chusma ruín y miserable que, como se revuelve en el cieno, quiere arrojar cieno a todos los demás. Y esa mujer, día por día, hora por hora, se va adueñando de todo. ¡Guzmán es un canalla!

Rompió en sollozos y dejóse caer sobre el hombro de Pablo. Muy apurado él, acarició-le los cabellos, y con voz que a falta de dul-

zura consiguió matizar de melosidad, trató de animarla:

—Ten calma, sangre fría, paciencia, voluntad. Habla con él, y si no quiere habla a su madre, y ella algún ascendiente tendrá sobre él.

Pero ella alzaba la cabeza, secos y dilatados de ira los ojos, contorsionados los labios, y con voz áspera, chirríante, dijo a su vez:

—No, no y no. Esto acabó. Estoy resuelta, y no habrá palabras en el mundo que me hagan volver de mi decisión. Me voy, me voy para siempre. París, Londres, Roma, es demasiado cerca. América, Nueva York, Méjico, Buenos Aires... Para eso te llamé: quiero irme. Si es verdad que tú me quieres, si es verdad que no puedes vivir sin mí, ven.

Súbitamente el rostro del galán habíase tornado grave y cejijunto. En sus ojos había no sé qué resolución fría y cruel. Habló por último:

—Mira, piénsalo con calma, con sangre





fría. Has tardado, según tú misma, muchos años en llegar donde estás, y lo vas a echar todo a rodar por un momento de despecho, rabia o impaciencia. Tienes tus hijos, la vieja doña Berenguela.

Interrumpió:

—No busques razones..., excusas. Sé lo que he de hacer, y estoy decidida. Creí en ti y creí poder contar contigo. ¿Vienes o no?

Pareció concentrarse antes de responder. Luego, con voz firme, muy despacio, expuso su pensar:

—No soy solo. Tengo mis padres muy viejos, enfermos y solos... Luego quizás...

No le dejó acabar, y púsose violentamente en pie.

—¡Cobarde!

Dió algunos pasos vacilantes, y, por último, tornó a detenerse ante él.

—¡Cobarde! Te sabía frío, egoísta, malo, vulgar, sin corazón y sin talento, pero somos tan pobres los humanos que en la idea atroz de mi soledad quise creer en ti..., por creer

en alguien o en algo. ¡Bien caro lo pago! Todo acabó entre nosotros; vete.

Y como él hiciese un gesto como si aun quisiera hablar, le interrumpió, señalándole a la puerta:

—¡Vete!

Pablo balbuceó:

—Oye, amor mío, con calma...

Cortó ella:

—Vete, vete de una vez. Yo sé lo que he de hacer, sé cómo guardarme y defenderme; pero vete, si no quieres verte envuelto en una historia lamentable. ¡Ha sonado la hora! ¡Vete!

Pablo, vencido, tal vez más que por la oscura amenaza de que estaba pronta a surgir la catástrofe que por el desgarrado patetismo de sus palabras, marchó hacia la puerta. Rosario, con gestos rotundos, violentísimos, precipitóse a la puerta que comunicaba con las habitaciones privadas de su marido, y abriéndolas de par en par, se lanzó por ella.





## IV

### LINTERNA SORDA

Los labios voraces estrujáronse contra sus labios gruesos, grasientos, húmedos y sensuales, en una caricia lenta, larga, sabia y aniquiladora, mientras los ojos verdes se fundían en el fulgor ardiente de los ojos de él, como si quisiesen sondear en un raro rito de cauteración hasta el fondo de su ser. Sentada sobre sus rodillas, ingrávida y a la vez moldeadora, uno de sus brazos, maravilloso brazo de estatua frágil, e invencible brazo de tibia carne revestido con pétalos de magnolia y de irrompible acero, cercaba el cuello grueso y nervudo de toro.

Guzmán, excitado, loco, la estrechaba co-

mo si anhelara incrustarla en sí, y con sus labios temblorosos y grasientos besaba hambriento el cuello frágil de la alemana. La pobre Walkyria, con su aire lamentable de deidad aérea a quien se han roto las alas, permanecía humilde, prisionera resignada del monstruo. Pero de vez en cuando un relámpago lívido fulguraba un instante en las raras pupilas, un relámpago concupiscente de bestia que trata de fascinar su presa antes de caer sobre ella. Guzmán, ciego y sordo a todo lo que no fuese su deseo, seguía en una exacervación pasional, rojo, apopléjico, la frente perlada de sudor.

De improviso, la alemana, resignada hasta entonces, pareció hallar no sé dónde raros resortes de voluntad, y rechazándole se puso en pie:

—No, no...

Miróla extrañado de aquella súbita repulsa, que implicaba un cambio incomprensible; pero presto pudo más su deseo que su asom-





bro, y, sin levantarse del asiento, tendió los brazos hacia la fugitiva e imploró:

—¡Oh, nena, nena! ¡Ven!

Su rostro, cual un misterioso espejo, iba reflejando las internas sensaciones que, como nubarrones tempestuosos, empujados por el huracán, atravesaban su pensamiento. Al fin, tras el asombro, la inquietud y la zozobra reflejóse en los ojos del macho, a ratos turbios y a ratos relampagueantes, y en los labios, húmedos y secos como los arenales pantanosos, un deseo brutal, una sensualidad grosera exaltada hasta la vesania. Con palabra torpe y balbuciente tendió otra vez en desesperada imploración los brazos hacia ella:

—¡Ven!

La Walkyria, en pie, le miraba. Sus ojos habíanse hecho fríos, duros, resueltos. No había en su gesto orgullo, ni vanidad satisfecha; había una fuerza secreta de firmeza, algo así como una reposición súbita en la posesión de su voluntad. Limitóse a decir:

—No, no; imposible.

El, pronto a arrodillarse, imploró:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Repitió ella:

—Imposible.

Tornó Guzmán a gemir:

—¿Por qué? ¿Por qué? Lo que quieras lo tendrás; todo, todo será tuyo.

Como ella no depusiera su glaciedad aun ofreció:

—Todo, todo. No lo tienes ya porque no has querido. Yo te ofrecí cuanto quisieses.

Con voz fría dejó caer ella:

—Ser el aya.

Protestó vehemente:

—No, no; no seas injusta. Eres el aya porque tú lo quieres así; pero bien sabes que te ofrecí un hotelito, coches, joyas...

Sarcástica, súbitamente amarga sin razón aparente, habló desdeñosa:

—Gracias; una muñeca de lujo. No nací para eso; no tengo carácter. Un juguete bonito que cuando se rompe se tira.

Perplejo, devorado por aquel deseo que





por vez primera se estrellaba contra un muro de hielo, ofreció:

—Pide, pide tú. ¡Lo que quieras menos perderte!

Muy despacio, como sopesando sus palabras, tras de hacerle penar en una pausa inacabable, decidióse a proponer:

—Escucha: tal vez para los dos lo mejor es que me dejes marchar, seguir mi pobre camino, y tú sigas el tuyo...

—No, no—protestó él.

Recapituló ella aún:

—Bueno; pues que tú lo quieres, hablaré.

Otra pausa. Al fin, expresóse *Fraulein* con ademán humilde y voz resuelta:

—Mira, las mujeres de mi raza no son como las occidentales. Tenemos una manera especial, un sentido burgués de la vida. Amamos el orden, la familia, el hogar. Nuestro ensueño no son los trapos y las joyas, triunfar, un poco de luz y de ruido. Nuestro anhelo es algo más quieto y vulgar. Aunque, por desgracia, nos apartemos del buen camino se-

guimos soñando con la templada paz del nido.

La atajó:

—¿Es eso, eso lo que deseas? ¿Por qué no lo dijiste antes?

Musitó, redoblada la humildad:

—Esperaba aún poder redimirme en el trabajo.

Más frío, más dueño de sí, disipada en parte su locura por aquella ducha fría que arrojaban sobre él, tornóse práctico, y proyectó:

—Verás; siéntate aquí, y hablaremos...

Obedecióle, sin abandono, y él propúsola:

—Ya sabes que mi Banco tiene una sucursal en Valencia. Te vas allí; instalas una casa donde quieras, como quieras, con todo el lujo que desees. El mar es divino; el cielo, azul; Valencia, un sueño maravilloso; un sueño perfumado de flores y mecido por el dulce ritornello de las olas. Las gentes son buenas, simpáticas, cordiales, inteligentes.

Ella interrogó:

—¿Y tú?





—¿Yo? Con el pretexto de mi Banco iré allí cuando quiera; pasaré el tiempo que quiera contigo, nena mía, ¡gatita de mi alma!

Las manos temblorosas trataron de aprisionar el cuerpo frágil de la mujer, mientras los ojos fosforescían. En los de ella había, por un instante, fulgurado un relámpago de triunfo, que presto se apagó, para dejar lucir una llama de odio y asco; pero no resistió ya y dejó al monstruo apretarla contra su pecho.

El buscó sus labios afanoso.

—¡Nena! ¡Nena! ¡Tu boca!

Dejóse ella ir, y en el momento en que, caída sobre el sofá, la cabeza en un almohadón de oro, que le trazaba en torno un nimbo mitológico, iban sus labios a ser presa del sátiro, sonó un estrépito, y abriéndose las puertas de par en par con rudo golpe, apareció en el umbral, rígida, hierática, inexorable, la altiva figura de Rosario.

Avanzó con pasos lentos, casi mecánicos, hasta el centro de la estancia, y allí se detuvo.

Estaba muy pálida; los ojos, cernidos de

hondas ojeras violetas; la boca, blanca y crispada. Arropada en el ropón de tisú de cobre y lana azul había en ella, sin embargo, una altivez heroica y fatal, el sentido aciago, desesperado y trágico que hallamos en algunas heroínas de la tragedia griega.

Al verla entrar los dos habíanse puesto en pie: él, lamentable, torpe, arrebatado, el labio colgante, la frente surcada de sudor y la mirada extraviada; ella, glacial y hermética, con una falsa humildad, una sumisión querida peor que todas las rebeldías.

Como si su marido no estuviese allí, con una altivez soberbia y desdeñosa, Rosario midió primero de arriba abajo a la parásita con una mirada cargada de desdén, y señalándole, extendido el dedo, con un gesto inapelable, la puerta que quedara abierta, ordenó:

—¡Salga usted!

La mercenaria palideció aún más de lo que estaba y sus manos crispáronse con un acre rechinar de la tela bajo las uñas aceradas. Un





momento sus ojos chisporrotearon como trozos de acero; luego fijáronse en Guzmán. Dominándose, habló con mentida humildad:

—Si el señor marqués ordena...

Interrumpióle Rosario:

—No tiene nada que ordenar. Mando yo, y basta.

Por un instante los dientes de la alemana claváronse en sus labios hasta hacer brotar sangre. Arrancándose la máscara con un espiritual ademán insultante, encaróse con él y, tuteándole con cinismo grosero, interrogó:

—¿Tú dirás?

Guzmán dió un paso casi amenazador hacia Rosario; pero ella, de un salto, colocóse junto a los timbres de alarma colocados junto a la caja de caudales. Fríamente conminó:

—Si das un paso, llamo.

Y como él, súbitamente detenido, había dejado caer los brazos, encaróse con la otra:

—Salga usted ahora mismo, o llamo a los criados para que la echen... El señor y yo hablaremos mañana. Usted váyase.







En un gesto de odio y rabiosa desesperación, la alemana se encaminó a la puerta. Aún allí detúvose, y con voz estragada escupió:

—¡Cochinos!

Luego salió.

Entonces Guzmán avanzó airado hacia su mujer; pero ésta, antes de darle tiempo para hablar, cruzóle el rostro de una bofetada.

—¡Miserable!

Dejóse caer en una butaca, y ella, altiva y helada, salió.

# V

## A LA LUZ DE LAS ANTORCHAS DEL DIOS MOMO

Ya en el *Roll Royce* que le llevaba hacia el teatrucho, casi enclavado en los suburbios, Lilí palmoteó:

—Va a ser... pero que la *chipén*.

Rieron las dos: Lilí, más espontáneamente; la Alvarez de las Castillas, con amable risa afectada de mercenaria, ducha en hacerse útil y grata en los belenes ajenos.

—Tienes el alma de una reina María Luisa, una Cayetana de Silva o una Tadea Arias.

Popó Chamizo, más sincero, y sobre todo predispuesto por su amoroso capricho a extasiarse, rió a carcajadas:

—¡Hay que verte, chiquilla!

La nena, arropada en el jarifo vergel del mantón de Manila, púsose en jarras en ademán muy jacarandoso, y ladeando la cabecita, en que los revueltos rizos estaban prisioneros de la alta peineta de carey, que soste-



nía además el montón de rosas, se dejó decir, con dejo chulesco, que recordaba con exceso las zarzuelas *castizas:*

—¡Hay que ver! Si os habríais *creío* que no *chanelo*...





Tornaron a reír, y como pasaban por calles céntricas apagó las luces interiores del coche.

Las peripecias de la aventura comenzaban a divertirles. A decir verdad, desde los primeros momentos les habían divertido, y no poco. En una esquina, la amable trotaconventos y el galán esperaban en la sombra discreta del *auto* la llegada de la fugitiva, entreteniendo sus ocios en hacer comentarios, carentes, a decir verdad, de caridad para los comentados. Mientras Lilí, tras despedir a la doncella con el laudable pretexto de sus devociones a llenar, y cerciorarse de que la odiosa alemana debía hallarse ya recogida, por cuanto no se escuchaban sus pasos sordos de espía nata, procedió al nuevo tocado que la fiesta carnavalesca requería.

Despojóse prestamente del mundano atavío, y desnuda casi de todas las recatadas prendas que, según doña Berenguela, correspondían a la honestidad de una doncella cristiana, sobre la maravillosa escultura de su

cuerpo echó una falda de negra seda y ciñó su busto con la bárbara policromía del mantón filipino. Con eso, las piernas moldeadas en las albas medias y un promontorio de rosas al abrigo de la peineta, dióse por bien perjeñada y lanzóse en busca del *auto,* en que la esperaban sus amigos y donde obtuvo un éxito enorme.

Llegaban ahora al teatro, y tras dejar el coche recatadamente en una callejuela para que, deslumbrando, no delatase su presencia, metiéronse dentro.

Casi en seguida una atmósfera caliente, densada de humo de tabaco y de perfumes, les envolvió. Máscaras... Haría falta el pincel de Alenza para trazar el cuadro. Hombres flacos, héticos, pálidos, ojerosos y despeinados, marcados por la tisis, el vicio y males inconfesables, veíanse envueltos por grupos de enmascaradas, que eran como hórridas manchas de colores—verde, azul, amarillo, rojo—, y las frágiles y policromas cintas de las serpentinas parecían aprisionarles. Un ho-





rrísono espantoso de gritos, rugidos, blasfemias y voces atipladas dejaban apenas llegar hasta allí el infernal estruendo de una orquesta absurda que tocaba valses, polkas, *one stews,* schotis y pasodobles. Veíase a un lado el *ambigú,* donde corrían a ríos los vinos, y al otro, la escalera, que el perenne ir y venir trocaba en multicolor catarata.

Entre gritos de admiración por la belleza de la nena, que el negro antifaz de terciopelo dejaba adivinar, y piropos de un picante de cantárida, llegaron, tras no pocos empujones, pisotones y encontronazos, al palco. Allí esperábales otro triunfo. Señoras, lo que se llama señoras, no había sino la grandísima loca de Recuerdos Rebolledo; pero, en cambio, allí estaba el fresco de Julito Calabrés, siempre apasionado por aquellas incongruencias con pretensiones de *madrileñerías;* Pepito Almansa, que ni para tales lugares renunciaba a su *pose* de icono bizantino, y *la Cartujana,* la *cocotte* de más postín de Madrid, vestida también de mantón, uno de los más

preciados de su regia colección, famosa en el mundo, y alhajada con perlas y brillantes dignas de una dama veneciana.

Ya dije que la llegada fué un triunfo. Después de asomarse a la sala, y como comentarios y ditirambos no acabasen nunca, Nina Alvarez de las Castillas, diplomática y concienzuda—para algo la habían llevado a ella—, pretextó el deseo de contemplar la sala (¡no había visto sino unas trescientas en su noble vida, dedicada a la caridad o amor al prójimo!), e instalándose en primera fila dejó a Lilí sola con Popó en el antepalco, mientras varias parejas bajaban a bailar.

Por la rendija que quedaba entre las cortinas de terciopelo rojo veía Lilí la confusa zarabanda de la sala. En un torbellino confuso, Pierrots, dominós, patudos bebés, majas, contrabandistas, acróbatas y bailarinas pasaban y repasaban, mientras fundíanse los colores en un iris bárbaro e incongruente.

Popó Chamizo, inclinado sobre ella, mientras uno de sus brazos estrechaba el talle frá-





gil con amorosa presión, iba vertiendo en su oído la fervorosa letanía de amor y de deseo, cada vez más ardiente y apremiante, más exaltado y exigente. La amaba, su cuerpo niño...

Lilí se aburría, aunque avergonzárase de confesárselo ni aun a sí misma. Se aburría, sí, se aburría. Pasadas las primeras emociones de la aventura escabrosa, pasada la borrachera de libertad, la alegría de salirse con la suya, de haber sabido mentir, mixtificarles y engañarles, y, por encima de todo, la nerviosidad de verse en un lugar equívoco, sospechoso, mal afamado, se aburría, se aburría mucho. El calor, el ruido, el olor, el traje y la careta le daban dolor de cabeza; y, lo que era peor, no sentía nada, no ya su corazón, su carne misma nada le decía. El único que hablaba era su cerebro, y al igual que la hartura de la carne da hastío, la cerebral hartura da tedio.

Sin saberse de dónde procedía escuchóse

un ruido horrísono, y Chamizo, poniéndose en pie, advirtió:

—Voy un momento a ver qué demonios pasa.

Fuése dejándose la puerta abierta, y Lilí ya iba a respirar más a gusto, cuando en el cuadro de luz de los abiertos batientes se dibujó una figura masculina.

Era un hombre alto y joven, de tipo y apostura achulados. Muy moreno, de la abierta camisa surgía el cuello nervudo y cuadrado, sosteniendo una cabeza admirable, pequeña y de correctas facciones, en que brillaban los dorados topacios tostados de los ojos. Vestía de chulo, a la moda, ya vagamente pasada, llamada chulesca. Chaqueta muy ceñida, negra; pantalón de talle *abotinao,* gris perla éste, y ancho sombrero gris, que, caído hacia la nuca, dejaba avanzar sobre la frente una onda de negrísimo pelo.

Habíase detenido junto a la puerta y examinaba a Lilí con aire de buen conocedor.

—¡Vaya una *jembra!* ¡Ay, *negraza,* que







*tie* usted unos *clisos* que ni la noche!... ¡Y un perfil *berebere* que *atufa!*

Iba Lilí a reír, cautivada por el imprevisto de la nueva aventura, cuando surgió una mujer al lado del piropeador en actitud airada.

Era madura ya, maciza y espesa de carnes, el rostro, cetrino de color, anguloso, y enriquecido por una boca de puñalada y unos ojos de petenera, desbastados ahora por un imposible dolor, que la daba un aspecto sacrílego de Dolorosa, una Dolorosa roídas las entrañas por la mordedura atroz de los celos.

Encaróse con él, y en voz ahogada apostrofó:

—¡Chulo, charrán, miserable! ¿Quién es la tía ladrona ésta? ¿Se *pue* saber?

La rechazó violento:

—¡Quita!

Tornó a arrojarse sobre él:

—Tú te vienes conmigo, porque para eso eres mi hombre.

Rió él:





—¡Que ahueques, *amos!*... ¿Estás, tú?

Pero ella, perdida de celos, quiso pasar y se arrojó sobre él:

—Ahora verá la tía del pan *pringao* ésa.

De un empujón casi la echó a rodar:

—¡Vaya! ¡Me canso ya de la murga! ¡Conque arreando! ¿Estás?

Fué algo confuso y brusco; unas bárbaras pinceladas de un destino impresionista. Sonaron dos bofetadas; luego, una maldición del hombre, el crujido de una navaja albaceteña que se empalma y un grito femenino de imposible dolor:

—¡Ay, mi madre, que me ha *matao!*

Lilí sintió en un pie una humedad viscosa y caliente y corrió escaleras abajo. A medio camino una voz murmuró a su oído:

—¡Aprisa, aprisa! No nos ha visto nadie.

# VI

## FUEGOS FATUOS

Mientras caminaba por las calles desiertas, bañadas de luna, Querubín subióse el cuello de la capa de paño azul forrado de nutria, y encendiendo un cigarrillo de ámbar detúvose un momento.

Por allí no era como en las calles nuevas a que pertenecía aquella donde hallárase emplazado el palacio de los Guzmán. Estas eran más viejas y sombrías, propicias a fantasmas y embrujamientos, sobre todo bajo la caricia lunar.

De un lado, casuchas viejas y ruinosas, alternadas de huertos y herrerías, y del otro, las tapias lisas e interminables de un con-







vento, hendidas por las rejas de la clausura monjil.

Una calma mortuoria lo envolvía todo; un silencio atroz planaba sobre las cosas; hacía frío, y de vez en cuando soplaban ráfagas huracanadas. Querubín se estremeció, y dándole unas chupadas al *setos-ámbar*, y sosteniendo con la mano pálida, en que brillaba un zafiro enorme, la pelliza, continuó andando en el silencio absoluto a grandes zancadas, como un fantasma por una ciudad desierta.

Callejones, si no más ricos y limpios, sí más concurridos, le atrajeron pronto, y torciendo a la izquierda metióse por un callejón aún más sombrío, y parándose ante una puerta y palmoteando llamó:

—¡Serenooo!...

En el extremo apareció la luz del vigilante nocturno, y durante un rato vióse bogar la temblorosa claridad por el mar de sombras. Después, el torpe paquete de ropas sucias, toscas y malolientes, que dejaban asomar el rostro curtido, manchado por el bi-

gote cerdoso, franqueó con gran rechinar de llaves la entrada, y Querubín encontróse en el portal húmedo y lóbrego de que arrancaba la escalera de peldaños torcidos, tecleantes y temblorosos. Sin aceptar la cerilla que el nocturno vigilante, deslumbrado por la propina espléndida, le brindaba, subió el muchacho los escalones de tres en tres, dejando flotar tras de sí los vuelos de su amplia capa de pieles. Ante la puerta del segundo piso se detuvo. Un aroma violentísimo de incienso mezclado con rosas hirió su olfato, mientras al través de la puerta divisaba luz y creía oír ruido de voces y hasta, apagadamente, notas crueles y desgarradas de violín.

Apenas hubo tocado el timbre abrióse la puerta, y ahora, no un leve aroma, sino una bocanada de perfume, le azotó el rostro. Un hombre flaco, amarillento y untuoso, vestido a la moda de los artistas bohemios, le tendió las manos:

—¡Qué alegría! Sólo tú faltabas en el ensueño de opio. Ya temíamos.





En la antesala, a plena luz, el tipo ignoble hallado antes por Lilí en las habitaciones del primogénito de los Guzmán mostraba su untuosidad viscosa y sus dientes caballunos en una sonrisa servil.

Querubín saludó pomposo y afectadamente:

—¡Hola, Juan de los Cisnes!

El poetastro mostró un júbilo devoto:

—¡Qué satisfacción para todos! Estepona comenzaba a temer...

—Pues ya veis que no. Cuando prometo... Por cierto—añadió luego—, que el camino es interesante: calles muy Carlos II, choca no oír a las rondas de la Santa Inquisición. Evoca aventuras de capa y espada, monjas endemoniadas... En fin, más Ortega y Frías que Jean de Lorraine.

El hombre descolorido y sucio ofreció:

—Calma, paciencia... Ahora verás...—y echándose a un lado dejó paso, mientras a modo de aclaración explicaba:—Está esto

muy bien esta noche: Carmín, Wifredo, Salomé, Narciso y *mademoiselle* Ambar.

Querubín no dejó de percibir la atroz afectación de aquellos nombres que pretendían ser símbolos y no eran sino caricaturas, pero no paró atención y siguió hacia adelante.

El gabinete pequeño y presuntuoso, adornado con unos falsos *Caprichos* de Goya, unos falsos ensueños místicos de Patinir y unos Rops improvisados por un joven artista enfermo de literatura, era un a modo de baratillo o *bric a brac* de falsas obras de arte, entre las que se destacaba presidiendo el cuarto un torturado crucifijo maravilloso..., si en vez de ser de escayola fuese, como pretendía hacer creer, de marfil.

Sobre aquel fondo propicio agrupábanse en posturas lánguidas o teatrales los invitados. Una Salomé gorda y barrigona, con el pelo, pintado de caoba, cortado en trova y agobiada de joyeles falsos, que no tenía de la hija de Herodías sino la vejez del mito; un *carmín,* el supuesto paje del cardenal, que





hacía pensar en la necesidad en ciertos oficios de las jubilaciones honrosas; un Narciso, que del auténtico no tenía sino la monomanía de mirarse en los espejos, y un Wifredo que, por lo peludo, podría llamarse *el Velloso,*



aunque, por rara fatalidad, mientras la cabeza estaba monda y lironda los cabellos invadían rostro y piernas.

Vago estupor detuvo un instante a Querubín en la entrada, pero en aquel momento Robustiano Fritanga, alma exquisita, dueño

del santuario, precipitóse a su encuentro y comenzó a perorar con sus gestos amplios y redondos, llenos de afectación, de delicadeza.

Era un hombrecillo bajo, gordo y rechoncho, de color malsano de pus y pelo negrísimo y espeso. Mal afeitado, con los dientes sucios, tenía una afectación afeminada que el atavío oscuro hacía aún más prominente. En voz atiplada y estridente comenzó a volcar sus hiperbólicos ditirambos:

—¡Qué alegría! ¡Qué jubilosa noche! ¡Qué luminosa hora de ensueño su llegada! Es como si los fantasmas evocados por la divina droga tomasen cuerpo y se hiciesen realidad.

Todos habían alzado la cabeza, y el heredero sentíase blanco de las miradas entre curiosas, hostiles y admirativas.

El orador, lanzado ya, prosiguió:

—Pero no es sólo eso: hoy, como si los hados propicios se hubiesen puesto de acuerdo para lanzar sobre nosotros sus dones, es





un día digno de señalarse con piedra blanca. Justo hoy un aire propicio les ha traído aquí. No es usted solo; tengo también una joya maravillosa, única: la señorita Ambar.

Era la segunda vez que oía aquel nombre, y Querubín miró con extrañeza. ¡*Mademoiselle* Ambar! ¡La señorita Ambar! ¿Qué inmundo mamarracho iba a ver ante sí? ¿Qué vieja envenenada de Rachilde aparecería a sus ojos? Seguramente más tendría de la macabra heroína de *La Tour d'Amour* que de "Madame d'Adonis".

Miró, y casi retrocedió de asombro. Era una chinesca muñeca deliciosa, una porcelana de Kioto, un verso de Li-Thai-Pe, un marfil de Yokonama, algo realmente quimérico y encantador. Pequeña, menuda, de formas y proporciones armoniosas, con gracia pueril y sabia de viejos juguetes orientales, aparecía envuelta en la suntuosidad exótica del *kimono* rojo historiado de rampantes dragones una figulina de rostro menudo, bajo el tirante azabache de la cabellera. Tenía el color de

viejo marfil de un portentoso dorado, la boca fina y roja, y los ojos oblicuos. Sus gestos eran menudos y deliciosos.

Querubín se inclinó. La *musmé* doblóse en una reverencia de paisaje de abanico, sonriendo infantil y conceptuosa.

El dueño de la casa dió unos golpes de tantan chino, y avisó:

—¡Señores: empieza la fiesta!

Apresuráronse todos a instalarse en los divanes, muy bajos, que rodeaban la estancia (colchones cubiertos de colchas y alfombras de decir verdad), y reclináronse en lánguidas posturas sobre los almohadones de cretona con pretensiones de brocados florentinos. Todo en derredor del cuarto, delante del sofá, había mesitas que sostenían las drogas fatales—morfina, cocaína, éter, *atchis*—, y veíanse también algunas pipas de opio.

De vez en cuando subía hacia el techo una espiral de humo, o unos dedos sucios tendíanse afanosos hacia las cajas de drogas.

En un rincón, Pascual Rodríguez, un vir-





tuoso del violín, ahito de ilusión y de cocido, se contorsionaba arañando con un enorme arco las cuerdas rotas de su violín y llevando el compás con todo el cuerpo, con gran peligro de la integridad de su digestión y de los muebles cercanos.

Comenzó a sonar una música lenta y apagada, más ensoñadora y melancólicamente voluptuosa de lo que era de esperar. Y de improviso, como una muñequilla animada por vida mágica, alzóse de su sitio y empezó a danzar la figurita exótica con la levedad encantadora de una de esas mujercitas que cubren el fondo de los bordados del Extremo Oriente. Avanzaba con pasitos menudos y danzarines, sin apenas tocar el suelo; doblábase en profundas genuflexiones, que le daban el aspecto de una flor extraña; huía, mimaba, languidecía y, de tarde en tarde, parecía agonizar, crisparse bajo una caricia sabia y brutal.

Todos prisioneros del perverso encanto, acrecentado por los efectos de las drogas, se-

guían jadeantes los pasos y contorsiones. Ella también, en las pausas del baile, sorbía con deleite un polvo blanco y reluciente que no era sino cocaína, y luego retornaba a sus danzas, cada vez más férvidas y ardientes.

Sin saberse cómo, tras unos largos y sostenidos gemidos del violín, viósela tambalearse primero y, tras aun algunos pasos vacilantes, desplomarse cuan larga era sobre el diván.

Sorprendidos, esperaron iniciando un aplauso. Poco a poco cundió, ante la inmovilidad que conservaba, una alarma traducida en miradas y contenidos gestos.

Como una marioneta rota, yacía tronchada, inánime, sin dar señales de vida la pobre *musmé*.

Salomé, pese a sus noventa kilos, lanzóse, desencajado el rostro por sincero espanto, hacia la caída. Narciso, Wifredo, el dueño de la casa, corrieron hacia ellas alarmadísimos, dando pruebas de real temor. Salomé cogióle la mano. Estaba yerta, glacial. Como







la soltara, azotó el diván con un golpe seco de cosa inerte. La literata gimió horrorizada:

—¡La cocaína! ¡La cocaína!

Narciso, que había recogido la mano que Salomé dejara caer, gritó casi:

—¡Muerta!

Hubo un tumulto atroz. Oíanse voces: "¡Las responsabilidades!" "¡La Policía!" "¡Hay que pedir socorro!"

Querubín, por un momento, perdió la serenidad; pero luego, recobrando su sangre fría, vió en un relámpago las consecuencias atroces de estar allí. El escándalo, la Policía, un proceso, su nombre arrastrado por el cieno... Y con un esfuerzo supremo sobre sí mismo cogió abrigo y sombrero y se deslizó escaleras abajo mientras la confusión subía de punto, tomando proporciones de una catástrofe.





## VII

### LOS VELONES DE ACEITE

Nicanora, *la Despeiná,* vestida de *bebé* patudo, embocó la calle viniendo del centro. Estaba que echaba las muelas talmente. ¡Había que ver! Martes de Carnaval y todavía no se había *estrenao*. Inútil cuantos esfuerzos hiciera hasta entonces, inútil que se vistiese de llorona, atavío socorridísimo, que, además de permitirle enseñar las pantorrillas y lucir en todo su valor (seis pesetas) unas redondeces *que metían miedo,* autorizábala a desmandarse con los paseantes en bromas cultas y delicadas, se entiende, como, sirva de ejemplo, abrazarse a ellos, cogerles algún delicado pellizco, decirles cositas tiernas (al-

gunas veces atrevidillas y hasta si se tercia obscenas) y, aun, aun, en casos escogidos, morderles el cogote; inútil haber chillado hasta quedarse ronca atiplando la voz, y hasta, cosa realmente insólita, llevar su osadía hasta meterse en las tabernas y allí, con el pretexto de una sed atroz que la obligaba a pedir agua, beber en los vasos de los consumidores, decir barbaridades con pretensiones de rasgos de ingenio, oír con algazara las burradas con no menos pretensiones de ingeniosidades y hasta, si se terciaba (y solía terciarse), dejarse caer sobre las rodillas de algún parroquiano. Pero todo, pues, inútil. Nada; sus ardides cazadores de Diana aguerrida de nada le sirvieron, y se volvía al falansterio que de noble hogar le servía sin perder la esperanza—ya que la esperanza fué lo único que quedó en la caja de Pandora cuando la buena señora faltó a la orden de los dioses y Esperanza se llamaba la segunda ama, que era de suyo optimista—, y que por no dejarla extinguirse alimentaba





con la loca ilusión de dar con algún *cabrito* (no se crea que con esta denominación quiero significar alguno de los sacrificados en las Sagradas Escrituras).

Cabizbaja y triste, poniendo su pensamiento en Dios, que era infinitamente bueno y estaba en todas partes, y que, como es ley, igual que a Abraham, se lo proporcionó para sustituír a Jacob en el sacrificio, se lo proporcionaría a ella al siguiente día en la Pradera del Canal, donde seguiría la piadosa costumbre de ir al *entierro de la sardina*, pues sabido es que, según las autoridades de la Iglesia, el Señor da a cada uno lo que ha menester, y ella necesitaba pagar la cuenta de la Tiburcia, la costurera; iba, pues, la *Despeiná*, de retirada ya, cansada y triste por las inútiles andanzas, cuando, al enfocar la calle donde daba una de las fachadas del palacio de Emplazamiento, vió desembocar por otro lado a la Pura.

En contraste con ella, la dama, que no hacía ciertamente honor a su omónimo, ve-

nía lo que se dice que desempedrando las calles. Claro que si en vez de sentido figurado hablásemos en sentido real, más le valdría, pues más haría por la salvación de su alma; pero era, desgraciadamente para su salvación, en sentido figurado como respiraba satisfacción por todos sus poros. Erase el caso que si aciagas fueron aquellas fiestas de Carnestolendas para la Nicanora, en cambio la Pura se levantó con buena pata (delicado símil de la interfecta), aunque tarde. Seis *machos,* nada menos que seis *laureanos* como seis soles habíanla reportado sus resbalones, que, como si anduviese sobre patines de ruedas, fueron muchos.

Cuando las dos amigas y compañeras en nobles menesteres se encontraron, la Nicanora, contenta de descargar sus amarguras, abrió su oprimido corazón a la Pura. Pero he aquí que la otra, en vez de saber compadecer sus malandanzas y compartir sus cuitas, sintióse tocada por el demonio de la vanidad.





La Nicanora, con sus triunfos correteriles, le humillaba siempre, y esta humillación llegó al máximun cuando los amores con cierto chauffeur—colmo de éxitos galantes para las damas que hacen saldo de su virtud—, chauffeur que, además de no costarla más que un cochino duro *pa* tabaco al día, había llegado hasta llevarla dos noches en su *Ford* a la *Bombilla.* Como la Pura había tragado mucha hiel con los esplendores de la otra, al verse triunfante y humillada la Nicanora, creyóse en el caso de destacar su propio triunfo y la derrota ajena.

Así que con el escogido léxico de que disfrutaba comenzó a exagerar su suceso de aquel Carnaval. ¡Ahí era nada! Un señor de Pamplona le había obsequiado con nueve pesetas. ¡Nueve pesetas! Así como suena; ni una menos. Otro señor, que se tenía ella olido que era cura, le ofrendó seis... y..., ¡aquí tenía que asombrarse la Nicanora!, uno que era *chauffeur,* un *laureano,* pero un *laureano* magnífico, y no así como así, porque

ella, ya en plan de confidencias se lo confesaría a su amiga, casi su hermana, no comprendía dar dinero a un hombre. ¡Dinero! *Pa* eso estaban ellos, los muy gandules, los grandísimos bigardos. ¿Dinero? ¡Ja! ¡Ja! Como no tuviesen más que el que a ella le sacasen.

Aquellas apreciaciones ofendieron profundamente a la Nicanora. Cada una hacía lo que le venía en ganas y cada una entendía la vida a su manera. ¡Habría que ver! ¡Ni que la Pura fuese algún Padre de la Iglesia o algún definidor sagrado! Lo que hay es que en el mundo existe mucha, pero que muchísima *repodría* envidia.

¿Envidia dijistes?... La Pura se puso a reír sarcástica. No es que ella se asustase, no; demasiado comprendía que cuando se pasan unos Carnavales aburridos, da un remusguillo el triunfo de los otros. Ella había estado, después de los múltiples triunfos vespertinos, en la Zarzuela, así como suena: en la mismísima Zarzuela, con un señor que





era médico o veterinario o cosa así... Y había *cenao,* y bailado, y bebido...

Como creyese notar un retintín irónico en las risitas de la Nicanora, remachó el clavo... No es que ella se creyese ningún cromo. Que bien sabía ella que tenía una nube en un ojo y le faltaban tres dientes y un *cacho* de nariz, pero era joven... Porque eso sí, ¿es uno o no es joven? En cambio, otras no podían decir lo mismo, porque hacían ya la carrera por la calle del Gato en tiempos de Doña Isabel II.

Aquello llególa al corazón a la Nicanora, que, puesta a no morderse la lengua, mordió la honra de la madre de su interlocutora. Claro que de raza le viene al galgo... El que lo hereda no lo roba, y la que lo mamó con la primera leche que le dió su madre con el pecho no lo olvida.

Sin querer, dejándose llevar por el calor de la discusión, iban ellas alzando la voz en proporciones alarmantes.

Bautista, que, recogida la plata del come-

dor y acostados o ¡vaya usted a saber! los señores, después de despedirle con cajas destempladas, como no era cosa de meterse en la cochina cama (*¡y sólo!*, porque en aquella puerca casa habían entronizado el reino de la moral), decidiera largarse para echar una canita al aire, al filo de las cuatro, después del baile de Barbieri, volvíase a casa malhumorado. Nada, se hacía viejo y las muy marranas de las *gachís* no le querían ya: estaban las dichosas *chavalas desmoralizáas* y no querían más que pollitos pintureros, que presumían de muy finos, muy señoritos, y no valían *pa na*. Un hombre de sus circunstancias se veía en el caso de no encontrar... Verdad que a falta de hembras, lo que es vino no escaseaba, y hasta juraría que tenía una copa de más y hasta estaba peneque, estaba, vamos, *con la copa*. ¡Curda él! *¡Amos,* hombre! Si acaso un poquillo alegre, pero *en cuanto que* se viese en su cuarto, con un poco de amoníaco. De acostarse no tenía





maldita la gana. Si pescase a *una señora*. ¡Eso sí que espabilaba!

Paróse a hablar con el señor Robustiano, el sereno, que, claro es, no dejó de aprovechar la ocasión que se le brindaba para hallar un copartícipe a sus cuitas. Madrid, ya no era Madrid. Dónde habían ido a parar aquellos carnavales castizos en que salían a cuatro o cinco borracheras por casa, en que se veían parejas por todas partes entregadas a ejercicios propios de su sexo y en que a lo mejor hasta a las mismísimas duquesas se les antojaba cualquiera. No, no y no. Madrid ya no era Madrid. Verdad que creyó ver pasar a la señorita metida en un *auto* con otras señoras; pero vaya usted a saber dónde iría. También al señorito don Querubín lo vió salir hecho un brazo de mar; pero sí, sí. ¡Vaya usted a ver! Las tradiciones se perdían, y Madrid no era ya Madrid. Y ni las mujeres de la *calle* sabían comportarse como lo que eran.

En aquel momento llegó a ellos un estré-

pito infernal, el ruido de fiera lucha de amazonas, junto a la que la guerra de Troya era un juego de niños. La Pura y *la Despeiná,* lanzadas por el peligroso camino de las apreciaciones personales, habían encargado a sus manos de ventilar sus asuntos, y mientras uno de los ojos de Nicanora cobraba un amenazador tono negro, el moño de la Pura iba a engrosar las basuras del arroyo. Todo ello coreado o subrayado, mejor dicho, por una lluvia nutrida de injurias que demostraba la riqueza del léxico castellano.

Acudieron los dos hombres, y con esfuerzos inauditos consiguieron al fin separar a las dos arpías, no sin que algún golpe o arañazo, acompañado de su injuria correspondiente, les tocase a ellos.

Pero sucedió que Bautista, en la feroz refriega, sintióse tocado, no por un puñetazo o mordisco de los que abundaron, sino que nada menos que por una flecha del mismísimo Cupido. Y así, al acabar la trifulca, digna de pasar a los fastos de la Historia,





decidió, seducido por las injurias (que no siempre han de ser cantos) de la sirena pesetera, irse con ella.

Mientras saludado por un himno de injurias doblaba la esquina con ella colgada del brazo, escuchó unas palmadas, y muy apagadas por la distancia llegaron a él las voces con que Querubín, saltando de un *taxi,* llamaba al vigilante nocturno:

—¡Serenooo!

# EPILOGO

## POR LA MAÑANA, EN PLENO SOL

Rápido pasó Bautista, llamando a misa con su campanilla de plata.

El sol, por los grandes ventanales semidefendidos por los blasonados tapices heráldicos, entraba a raudales, y en su luz dorada las mitológicas deidades esculpidas por viejos maestros, y los marmóreos bustos de héroes y emperadores cobraban vida, no la fantasmagórica de la noche, sino una vida real, fuerte e intensa. En la claridad áurea, las escenas mitológicas o bíblicas de los cuadros de escuela hacíanse verdad, y los graves y altivos retratos vivían las horas adustas,

graves o severas que estatificaron antaño con sus vicios, virtudes y heroísmos. Y a la luz solar, tibia y acariciadora, que arrancaba rayos cegadores a las armaduras que estuvieron en sitios y batallas, parecían vivir las flores de vivos colores tejidas en los gruesos tapices que cubrían los suelos.

Pero la morada histórica de los Emplazamiento cobraba vida, y así comenzaba el desfile de aquel vivir cotidiano magnífico y ceremonioso.

Primero, rápido, pero sin perder su gravedad parsimoniosa, pasó Su Ilustrísima, que iba a decir su misa. Luego, como sombras discretas que se deslizaban rozando los muros, humildes y reverentes, recatadas y con discreto y meticuloso atavío, viejas servidoras de la casa, protegidas y parientas pobres, púdicas y encogidas con exagerada modestia. Luego, sucedió aún otra pausa; después, al final de la galería, abrióse la puerta del cuarto de la señora mayor, y cubiertos los





blancos cabellos por una mantilla de blonda negra también, y apoyadas las enmitonadas manos marfileñas, manchadas por el reflejo de los gruesos anillos, en el puño de plata de su bastón de ébano; vestida de brochada seda, sobre los hombros una esclavina de marta, apareció ella sonriendo y devolviendo con leves inclinaciones de cabeza a un lado y otro los saludos que a su paso hacían parientes, fámulos y mercenarios.

Al llegar ante Casimira Jadraque y Guzmán, una parienta de gran abolengo, pero, respecto a lo que ella misma se refería, especie de rata de sacristía que engañaba su orgullo y su miseria pasando horas y horas en las iglesias y oratorios, reclinada en su altivez, que sólo podía doblar la cerviz ante la humildad cristiana. Bondadosamente detúvose doña Berenguela Guzmán de Emplazamiento con ella, y sonriente se informó:

—¿Cómo estás? ¿Vas mejor? Creí que tu estómago estaba dándote guerra.

La dama, famosa por su frugalidad, pues era fama alimentábase con un chocolate y un panecillo al día, afirmó orgullosamente, llena de énfasis:

—Dice el médico que es de comer demasiado. Va a ponerme un plan...—Luego, satisfecha su vanidad *de raza,* interrogó:

—¿Y los tuyos?

La anciana torció el gesto:

—Les advertí anoche que no se distrajesen, que Su Ilustrísima iba a hacernos la merced de decirnos su misita y darnos la ceniza, pero... ¡Vaya usted a saber! Trasnochan mucho, leen en la cama... ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos! En mi época era otra cosa: había más altivez y más orden... Mi hijo, con los dichosos negocios; Querubín, con la literatura, que no puede llevar a nada bueno, y Rosario y Lilí, con las dichosas novelas, que el Señor confunda.

La pariente corroboró:

—¡Bendito sea Dios, qué tiempos! Tienes





muchísima razón. Había más decoro, más pudor y más temor de Dios. ¡Quién alcanzó aquéllos y quién alcanza éstos! Si es lo que yo digo: ya no hay temor de Dios, y sin temor de Dios no se puede vivir.

En aquel momento apareció Guzmán por el fondo del pasillo, con semblante a trozos arrebatado y a trozos cetrino, y avanzando hacia la dama, le besó la mano excusándose:

—¡Perdón! Anoche trabajé hasta muy tarde.

Tras él llegaba Querubín, ojeroso, muy pálido, un rictus de angustia crispando el rostro. Luego, Lilí, que, injuriosamente pintada, disimulaba los estragos de la noche con ayuda del velo con que púdica y recatada se cubría.

Doña Berenguela observó:

—¡Vaya con Dios!... Rosario...

Guzmán quiso arreglarlo:

—Cuando entró a darme las buenas noches se quejaba mucho de dolor de cabeza.

Pero en el fondo, muy pálida, los ojos con muchos círculos violeta, avanzaba Rosario con su ademán altivo. Al llegar al grupo, tendió la mano a su marido y besó a su suegra en la frente. Luego, con ademanes amicales a los otros, se excusó encarándose con la vieja:

—¡Un disgusto atroz! Figúrate que el aya resultó protestante y, ¡claro!, que la eché en seguida! Me ha faltado al respeto y ha en. seguida. Me ha faltado al respeto y ha insultado a todos...

La anciana aprobó:

—Has hecho muy bien.—Luego, rompiendo a andar hacia la capilla, ordenó:

—Vamos.

El altar reverberaba como un ascua de oro. En una montaña de albas flores, rodeada de un nimbo de luz, triunfaba la Santa Virgen María, vestida de azul y hollando la cabeza de Satán.

Genuflexos esperaron. Sonó un armonio, y







en la puerta de la sacristía apareció Su Ilustrísima, vestido de oro, y avanzó hacia el altar. Hizo su reverencia, depositó el cáliz y, volviéndose a los devotos, rezó:

—*Introibo al altare Dei.*

Antonio de Hoyos y Vinent

Febrero, 924.



EN NUESTRO NÚMERO

PRÓXIMO PUBLICAREMOS

# Los pecados de Carmina

POR

**Alberto Valero Martín**

ILUSTRACIONES DE

**ROBLEDANO**

# EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

## OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

*La procesión de los dias*, novela (tercera edición).
*«Volvoreta»*, novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
*Ha entrado un ladrón*, novela (quinta edición).
*Silencio*, novela (segunda edición).
*Las gafas del Diablo*, (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
*El espejo irónico*, ensayos humorísticos (segunda edición).
*Acotaciones de un oyente*, impresiones parlamentarias (segunda edición).
*Tragedias de la vida vulgar*, cuentos (segunda edición).
*El secreto de Barba Azul*, novela últimamente publicada.

**5 pesetas cada volumen.**

*Visiones de neurastenia*, 4 pesetas.

## OTRAS OBRAS:

*Todo de color de rosa*, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
*El hijo legal*, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
*Cuentos de la tierra*, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**
*Hampa y miseria*, novela, por José Más, **5 pesetas.**
*La España chica*, por José Cuartero, **4 pesetas.**

## EN PRENSA

*Rosa de carne*, novela, por Artemio Precioso.
*La niñez de Ángel Perdido*, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
*¿Qué es España?*, por Marcelino Domingo.



# LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

**Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Felipe Sassone, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.**

Lea usted, coleccione usted

# LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

**TREINTA céntimos ejemplar.**

# LA NOVELA DE NOCHE

## NUMEROS PUBLICADOS

1. *La hija de la Cortesana*, por **«El Caballero Audaz».**—Ilustraciones de PENAGOS.

2. *Demasiado hermosa*, por **Rafael López de Haro.**—Ilustraciones de RIBAS.

3. *La casa de «La Trini»*, por **Emilio Carrère.**—Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS.

4. *El veneno de la aventura*, por **Alvaro Retana.**— Ilustraciones de JOSÉ GUILLÉN DE VILLENA.

5. *El Palomar*, por **Joaquín Belda.**—Ilustraciones de DEMETRIO.

6. *Relato inmoral*, por **W. Fernández Flórez.**—Ilustraciones de DICHI.

7. *Astucias de mujer*, por **Eduardo Zamacois.**—Ilustraciones de VÁZQUEZ CALLEJA.

8. *La comedia de la honorabilidad*, por **Antonio de Hoyos y Vinent.**—Ilustraciones de ANTONIO JUEZ.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

# LA NOVELA DE NOCHE



SUCES.ª DE RIVADENEYRA (S. A.) MADRID.